

Juan Pablo Monsalve  
Torres\*

# Inteligencia artificial (IA) y educación: un dilema en desarrollo

## Resumen

La inteligencia artificial emerge como paradigma educativo en una civilización confrontada por crisis existenciales. Este análisis examina cómo la IA refleja los valores de sociedades marcadas por el libertarismo y la mercantilización de derechos fundamentales. Frente a la promesa de democratización del conocimiento, se advierte sobre su instrumentalización por élites que priorizan intereses particulares sobre el bien común, exacerbando desigualdades. El estudio contrasta visiones de líderes en los campos políticos y tecnológicos con perspectivas filosóficas que reclaman una educación comprometida con la sostenibilidad planetaria y la dignidad humana. Se concluye que el rumbo de la IA en educación dependerá de decisiones éticas que prioricen la equidad sobre el lucro, transformando esta tecnología en herramienta de emancipación colectiva.

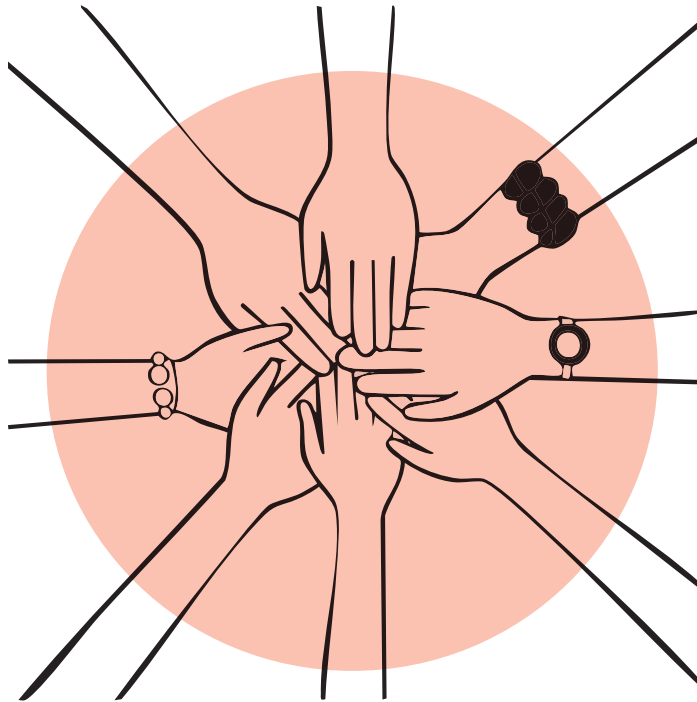
**Palabras clave:** inteligencia artificial, filosofía educativa, crisis civilizatoria, ética tecnológica, mercantilización educativa.

“Toda tecnología es un espejo de la sociedad que la crea”

Úrsula K. Leguin (2014)

En el alba de este siglo XXI, las sociedades que nos rodean, las cuales siguen un patrón civilizatorio que promete a sus individuos un futuro esperanzador y boyante, con espectaculares invenciones tecnológicas, no pueden evitar tener como telón de fondo múltiples y complejos motivos que nos amenazan de extinción inminente y total. Sus propios líderes lo reconocen con frecuencia. No solo por las guerras que se libran en la cuerda tensa de recíprocos ataques nucleares, cuyo arsenal todopoderoso hace 100 años era impensable, sino también por las profundas

\* Licenciado en Filosofía por la Universidad Santo Tomás (USTA); especialista en Filosofía Política por la Universidad Industrial de Santander (UIS). Correo electrónico: monsalvej@gmail.com ORCID <https://orcid.org/0009-0005-3975-2968>



fisuras que el mismo ser humano provoca sin escrúpulo en la naturaleza, de la que depende y toma sustento diario, o tal vez por causas propias de la vida de este minúsculo planeta que orbita en el espacio infinito, y que eventualmente podría ser afectado o golpeado de manera letal por vientos solares, super meteoritos o telúricas emisiones volcánicas simultáneas ineludibles e imprevisibles.

Esto sin dejar de mencionar pestes y enfermedades desconocidas. Hoy, incluso el hambre y la sed, la contaminación de los alimentos y las fuentes hídricas, son parte de este espectro devastador. Sin embargo, lo que parece más paradójico es que una de sus últimas y más sorprendentes invenciones tecnológicas, la inteligencia artificial (IA), puede convertirse en otra causa de nuestra desaparición como especie; en este momento, muchos de los grandes arquitectos de los actuales imperios digitales que usan la IA, como Elon Musk, dan por fallido el proyecto de la vida en el planeta Tierra y, como algo muy normal, este último se empeña, a título personal, en conquistar Marte.

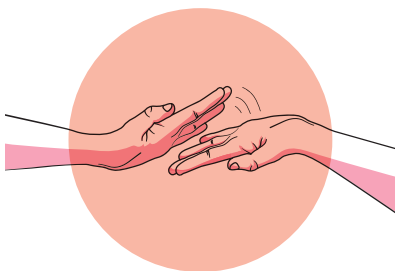
Como un botón de muestra de que la humanidad ha descompuesto dramáticamente su tejido social, en grupos humanos donde domina el egoísmo, se han llegado a crear ministerios para atender la soledad de las personas (Inglaterra y Japón son hasta ahora los pioneros en la organización de los ministerios de la Soledad). En este mismo sentido, los creadores de la IA pretenden que este drama existencial se resuelva con la incorporación, a la IA generativa, de programas para

La inteligencia artificial (IA),

puede convertirse en otra

causa de nuestra desaparición

como especie



llegar a “la claridad emocional a través de consejos para tratar el amor, el ego y las emociones” (Altman, 2023). Es como si quisieran hacer soñar a las máquinas, seguramente convencidos de que solo basta con querer doblegar al mundo a su antojo para hacerlo realidad.

Estos prestidigitadores de la IA, que le apuestan al futuro como jugando a la ruleta rusa, ni siquiera pueden responder hasta dónde los llevará su invento y, como aprendices de brujo, maquinan y diseñan el futuro de la humanidad en todas las ramas del quehacer humano. Desde luego que la educación no está exenta de esto. Pero, ¿pueden sus propuestas ser libres de sospecha al provenir de la civilización que nos caracteriza? De hecho, existieron individuos que miraron críticamente e ironizaron avances tan espectaculares como la conquista de la Luna. Por ejemplo, la escritora y periodista Oriana Fallaci (1969), calificó este suceso como un desatino que lo único que logró fue gastar millones de dólares en “llevar la orina y la estupidez humana a la Luna”. Igualmente, la encantadora historia de la famosa gorila Koko (1971-2018), que adquirió la habilidad de comunicarse en lenguaje de señas, nos da cuenta de que esta describió al hombre moderno como “hombre estúpido” (Patterson, 1981), al percibir a esta humanidad cortando la rama en la que está sentada, destruyendo a toda velocidad su propio hábitat.

Pero hay quienes miran con desdén la catástrofe ambiental y el fenómeno de “la ebullición global”. Esta mirada no tendría importancia si no fuera acogida por individuos influyentes, investidos de gran poder político, económico y tecnológico, como Donald Trump, Elon Musk, Javier Milei o Sam Altman; este último reconoce que vive desconectado de la

vida y que no tiene empatía. Seres así, ¿podrán hacer reaccionar al mundo de forma razonable y coherente ante las crudas realidades de nuestra casa común, la Tierra? ¿Podrán anhelar una meta comunitaria para las próximas generaciones, ayudando a generar un tipo de formación, conocimiento y prácticas profesionales que vayan acordes a las apremiantes condiciones que hay que transformar para poder vivir en un mundo mínimamente viable y sostenible?

Según Hannah Arendt (1961), la educación es el punto en el que decidimos si amamos el mundo lo suficiente como para asumir responsabilidad por él.

Bajo la óptica del libertarismo, al estilo Milei o Trump, la desfinanciación de las escuelas públicas excluirá, de hecho, a millones de personas, y la educación se convertirá en un mercado vulgar de cuentas frías, distantes de su entorno real colectivo y ajenas a la suerte de los demás; con esto nos dan una muestra clara de lo que sienten por la educación, de cuánto aman el mundo, de lo que les preocupa el futuro. Sus proyectos políticos, acaso, ¿son ajenos a la instrumentalización de la IA

la educación es el punto en  
el que decidimos si amamos  
el mundo lo suficiente  
como para asumir  
responsabilidad por él

para producir los resultados que buscan? De ninguna manera. A diario se conoce información de sus alianzas estratégicas con los magnates del mundo digital, de la manipulación de sus poderosas herramientas tecnológicas para potenciar y revivir proyectos sociales y políticos que se creían superados por el paso del tiempo.

Es así como viejos fantasmas ideológicos se visten de libertarismo, camuflados con el vestido de la modernidad y reviven pesadillas colectivas al amparo de la IA. El resurgir de liderazgos políticos como el de Milei, Bolsonaro, Bukele, Orbán, Alice Weidel, Giorgia Meloni o Donald Trump, tiene como agenda común el libertarismo de derecha, una concepción político-económica que reactualiza los ideales del nazismo y el fascismo de los años 30: resuenan los ecos de la xenofobia, el maltrato y la expulsión de extranjeros, la superioridad ya no de raza pero sí de clase social, que discrimina y margina a los pobres, e, incluso, ataques a las valiosas reivindicaciones de las mujeres, a su derecho a no ser violentadas. Este libertarismo tampoco acepta la defensa de la salud estatal para minorías como la población LGBTIQ+, o la educación pública como un servicio del Estado social de derecho para los más desprotegidos y pobres; también se ufana de un negacionismo recalcitrante de la crisis climática y del ecocidio que está fulminando ya mismo a todos los ecosistemas y a millones de seres vivos de la naturaleza. Ante este panorama, el Papa Francisco (2020) advirtió que debemos estar atentos al “síndrome del 33”, es decir, a los discursos de odio de estos líderes mundiales de hoy, que mucho se asemejan a los relatos de los líderes que precedieron la Segunda Guerra Mundial. El futuro ya está aquí, pero no está distribuido equitativamente (Gibson, 1999).

Con una retórica agresiva e histriónica, bajo las premisas del libertarismo, el presidente de Argentina, Javier Milei, mancilla el concepto de libertad, reduce el mundo al mercado libre, endiosa los deseos individuales y trata a la educación como una mercancía más, con lo cual cierra las puertas de la oportunidad al que no tenga capital y erosiona la dignidad humana. En esa política, el libertarismo convierte a la libertad en un mito vano y trágico, pues, como dice Borges (1974), es “una ilusión que se alimenta de espejos rotos”. ¿En dónde quedan las garantías a los derechos humanos fundamentales: la vida, la equidad, la paz y la justicia? ¿Y el derecho a una dignidad impostergable en un mundo que la haga posible y heredable para las nuevas generaciones?

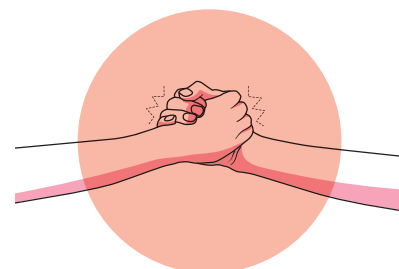
Los algoritmos de las IA pueden democratizar el saber, generar nuevas narrativas que nos hagan mejores seres humanos, procesar de forma súper veloz datos en la investigación médica, generando con ello diagnósticos y tratamientos eficientes y oportunos para las enfermedades, aumentar la productividad automatizada y con esto ganar ocio creativo para la humanidad, entre muchos otros beneficios que ya están

El libertarismo

convierte a la

libertad en un mito

vano y trágico



inventariados por expertos, pero en las manos de líderes y empresarios, como los socios de Trump o Milei, que solo buscan enriquecerse y salvarse a sí mismos, en sociedades casi totalmente materializadas, este recurso maravilloso, en lugar de ser una esperanza para mejorar como especie, se convierte en una amenaza.

Toda tecnología es un  
espejo de la sociedad  
que la crea

Toda tecnología es un espejo de la sociedad que la crea, escribió Úrsula K. Le Guin (2014). Si la IA hoy aprende de nuestros sesgos y codicia, ¿no reflejará acaso el desdén libertario por lo público? Cuando Milei afirma que el Estado no debe garantizar educación ni salud, y Musk privatiza el conocimiento con Neuralink y Sam Altman con OpenAI, ambos cosen el mismo tejido: un futuro donde las oportunidades dependen del capital, no de la dignidad.

Con este nuevo recurso de la IA, cuyo mayor uso está centrado, por ahora, en el terreno de la educación, los inventos militares y la extracción de recursos naturales, ¿se podrán formar a los seres humanos que este mundo en crisis necesita para tender los puentes de la solidaridad humana y de la pacificación entre las naciones y la armonización con la naturaleza? La historia nos revela que hasta ahora son nuestras decisiones equivocadas las que nos tienen en donde estamos: al borde del abismo de un colapso total.

La IA no es imparcial, es un espejo de nuestros valores. Si permitimos que Musk, Altman y sus aliados la moldeen a su imagen, repetiremos los errores de un pasado que creímos superado. Pero si la reclamamos como herramienta para la equidad, tal vez logremos, como escribió William Ospina (2014): que la técnica no nos aleje del misterio de ser humanos, sino que nos acerque a él.

En este cruce de caminos, entre los algoritmos y la conciencia, entre las neuronas de silicio y el palpar de nuestros corazones, nuestra elección definirá si el futuro es una prisión de algarismos o un poema colectivo. La educación, siempre rebelde, siempre esperanzada, tiene la última palabra.

#### REFERENCIAS

- ARENDT, H. (2008). *Entre el pasado y el futuro*. Ariel.
- BORGES, J. L. (1974). *Obras completas*. Emecé.
- GIBSON, W. (1989). *Neuromante*. Minotauro.
- PAPA FRANCISCO. (2023, 17 de noviembre). *Discurso en el V Encuentro Mundial de Movimientos Populares* [Discurso]. Vaticano.
- LE GUIN, U. K. (1975). *Los desposeídos*. Minotauro.
- MILEI, J. (2021). *Desenmascarando la mentira keynesiana*. Planeta.
- OSPINA, W. (2016). *Parar en seco*. Debate.
- FALLACI, O. (1980). *Si el sol muere*. Noguer.

